

Gracias al ingenio de un abogado republicano

Una niña francesa evitó que la ermita de Santa Lucía fuera destruida durante la guerra

Durante los años de la guerra civil española, cientos de iglesias fueron arrasadas o destruidas. La ermita de Santa Lucía fue uno de los pocos templos valencianos que se salvaron, gracias a la decisiva presencia de una niña francesa.

La historia de la ermita, declarada Monumento Nacional, arranca poco tiempo después de que el rey Jaime I conquistara la ciudad. Por aquella época se constituyó una cofradía bajo la advocación de Santa Lucía.

El culto a la santa de Siracusa se realizaba en una de las capillas de la catedral de Valencia hasta que, entre 1377 y 1381, se trasladó a la ermita construida junto a los jardines de lo que más tarde sería el Hospital General de Valencia.

Precisamente, la cofradía cedió unos terrenos al Hospital para construir un pabellón destinado a enfermos mentales, según cuenta su presidente.

En agradecimiento, el Hospital General, construido por el padre Gilabert Jofré, donó a la ermita uno de los más antiguos y mejores cuadros que se conservan actualmente de la Virgen de los Desamparados.

La historia de la cofradía y de la ermita están llenas de anécdotas, fruto del paso de los años. Uno de los episodios más entrañables fue cómo se salvó el templo durante los difíciles años de la guerra civil.

Una mañana de agosto de 1936, el capellán de Santa Lucía, José

Barberán, se encontraba celebrando misa cuando una amiga del ama de llaves llegó corriendo para avisar de que pensaban atacar la ermita. No se trataba de ninguna broma, su marido lo había escuchado en el propio comité republicano de la ciudad.

Ante la gravedad de la situación, ninguno de los presentes sabía qué hacer para defender el templo. Lo primero que se les ocurrió fue cerrar las puertas de la iglesia, en cuanto el padre Barberán terminó de oficiar la eucaristía. Pero había que hacer algo más para evitar que el templo fuera pasto de las llamas.

Una genial idea

Al ama de llaves se le ocurrió entonces visitar a un abogado republicano, llamado Enrique Badenes, que tenía un gran aprecio por las obras de arte.

El reloj no dejaba de correr y el tiempo apremiaba. Había que encontrar una solución, antes de que el templo fuera destruido y se perdiera toda la riqueza artística de su interior.

Y es que, en abril de 1936, meses antes de que estallara la guerra, se terminó de dorar el interior de la ermita, que albergaba lienzos y tallas escultóricas de gran valor, según comenta Francisco Llop.

Por aquellos días, una niña francesa, Claudia Bayo Gaboyard, de 12 años de edad, había venido de Francia para visitar a su tía-



FOTO V. MARTINEZ

Interior de la ermita de Santa Lucía, en la calle Hospital

madrina, precisamente, el ama de llaves del capellán de la ermita.

Una vez en casa de Enrique Badenes, el abogado empezó a discurrir sin encontrar una solución. De repente, se interesó por la niña. Había venido de Francia. Estaba registrada en el Liceo Francés... quizás Garnier, el cónsul en Valencia, pudiera hacer algo.

"El servicio del cónsul francés se mostró reacio a abrirnos la puerta, pero tratándose de la ermita de Santa Lucía, nos dejaron pasar", cuenta Claudia.

Fue allí donde encontraron la solución. La ermita tenía adosada una vivienda donde residía el ca-

pellán. La niña era francesa y tenía los papeles en regla.

Era la única opción. Con un poco de suerte, podría dar resultado. Minutos después, clavaron junto a la puerta del templo un cartel con la siguiente leyenda. "Camarada, respeta este edificio. Aquí vive un súbdito francés".

El cartel surtió efecto. Nadie hizo el más mínimo destrozo en la ermita. Dicen que Santa Lucía fue la única que se salvó de la ola de destrucción que se cebó con las iglesias en Valencia.

La pequeña Claudia Bayo volvió una temporada a Francia, donde su madre vive todavía. Años después

regresó a nuestro país y, cumplidos los 17, se casó con un español, Francisco Llop, actual presidente de la Cofradía de Santa Lucía.

Actualmente, la ermita es un pequeño templo barroco al que, cada 13 de diciembre, acuden cientos de personas de toda la Comunidad Valenciana.

Los devotos rezan a la santa de Siracusa, besan su reliquia y comen los panecillos bendecidos para conservar la vista. Además, abonan 200 pesetas de la cuota de la cofradía, un dinero que apenas llega para restaurar y conservar un enclave emblemático de Valencia.

Alejandro González